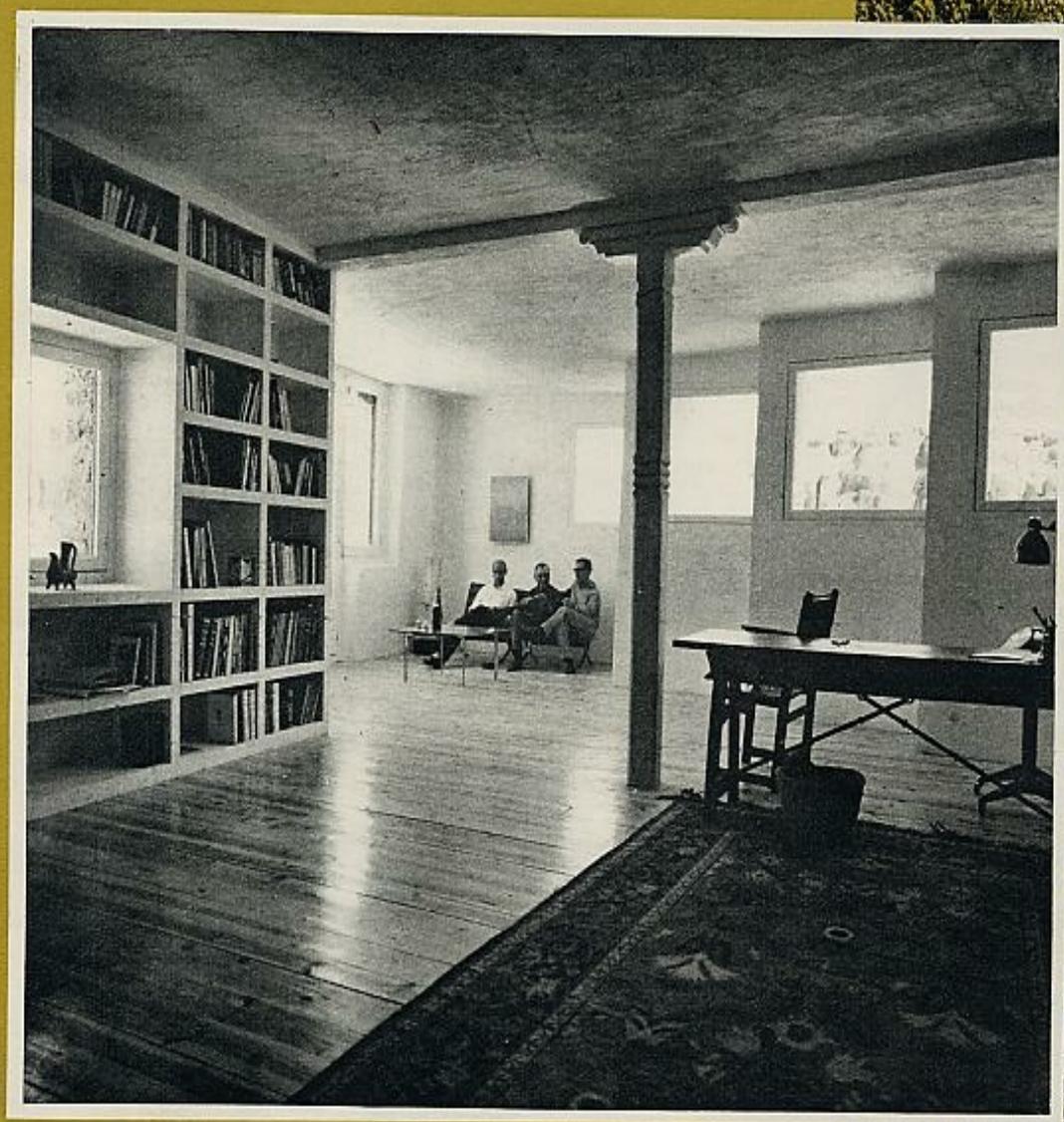


Visitas al arte español

2

# PINTORES EN CUENCA



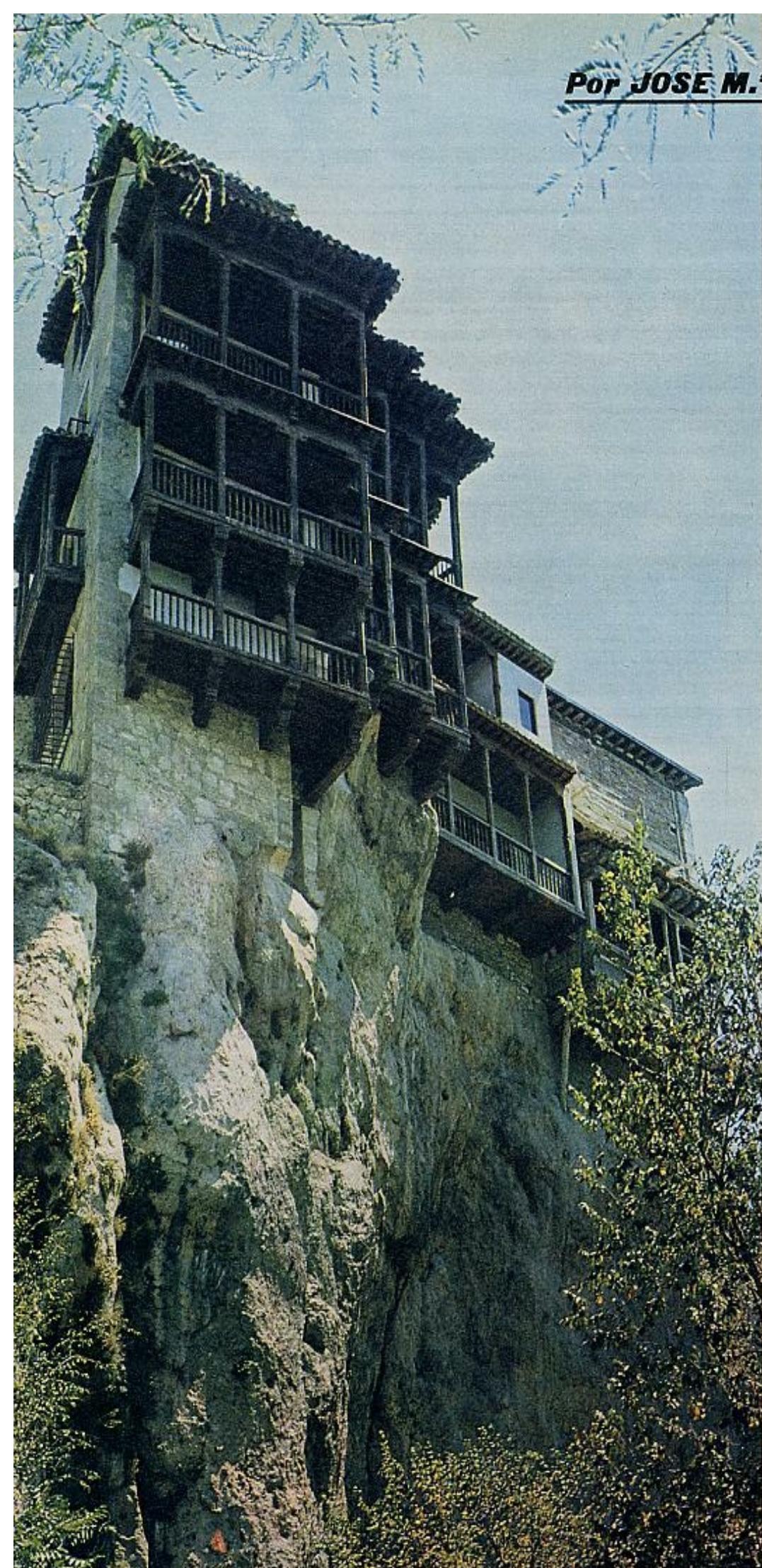
Esta será la biblioteca del Museo de Arte Moderno de Cuenca, que será inaugurado en la primavera, colección de la pintura española de nuestro días, reunida por Fernando Zobel, pintor, que aparece aquí entre sus compañeros, Antonio Saura y Gerardo Rueda.

**E**L camino entre Barcelona y Cadaqués tiene —uno se lo nota a simple vista— bastantes contactos ilustres con la pintura de cien años a esta parte. Es natural: los catalanes hace ya mucho tiempo que tienen una ciudad —Barcelona— y por eso, aunque parezca una paradoja, hacia ya mucho tiempo que cultivaban de manera sistemática el paisaje. Nosotros, no. Quién más, quién menos, hemos visto con nuestros propios ojos, sin que nos lo cuente ninguna historia, la explosión de Madrid como gran ciudad. Aquí, sí, hubo paisajistas, pero no culto sistemático al paisaje. Y era natural también: éramos un poco paisaje o, por lo menos, ésta era una ciudad compuesta por tránsfugas del paisaje. ¿Cómo podíamos haber cultivado, con un mínimo de reposo civilizado, esa fina atención por la Naturaleza que en Cataluña tiene una tradición que va desde Gimeno a María Girona, pasando por Mir y Pidelaserra? Toda la memoria de la Cataluña pictórica desde hace cien años está llena de contactos rurales, de viajes al interior, de descubrimientos gozosos de pequeñas regiones naturales. Nosotros, los arborícolas de la meseta, le dejamos esa misión a los escritores del 98. Y, si bien, hubo paisajistas —ahí está antológicamente don Aureliano de Beruete—, no hubo culto sistemático del paisaje y, sobre todo, los hombres no tuvieron la necesidad de vivir el paisaje.

El descubrimiento de Cuenca por los pintores coincide —atención a ese sintomatismo— con la explosión de Madrid como gran ciudad. Es decir, coincide con la necesidad de escapar a la ciudad o de vivir de manera contrastada la condición de ciudadano. No se trata de Avila, ni de Segovia ni de Toledo, ciudades con más ilustre progenie artística. Se trata de Cuenca, es decir, no de una suma de monumentos sino de un paisaje. Porque lo que tiene de fascinador la ciudad es eso: que su arquitectura es paisaje, que no es construcción que se opone a la creación, sino que la continúa en un orden distinto.

Ahora bien, los pintores de la generación descubridora de Cuenca, si viven el paisaje, no lo pintan. Ellos han llegado tarde para ese menester que quedó reservado a la generación pictórica anterior, la de Zabaleta, Palencia y Ortega Muñoz. Ellos, simplemente, viven dentro del paisaje para sentir —otra vez paradójicamente— con mayor profundidad su condición de ciudadanos de la pintura. El hecho es éste, Cuenca ha sido descubierta, desde hace muy pocos años, por los pintores de Madrid.

Como antes en Barcelona, en el estudio de Guinovart, ahora me sitúo en Madrid, en el estudio de Juana Francés y Pablo Serrano, otro matrimonio de artistas. Desde aquí, y como etapa intermedia, como antes fui a Campins a ver a Tapies, ahora quiero ir a Hoyo del Manzanares a ver la casa de Lucio Muñoz y Amalia **SIGUE**





En las tierras rocosas  
de Hoyo  
del Manzanares,  
en las estribaciones  
de la Sierra  
del Guadarrama,  
Amalia Avía  
y Lucio Muñoz tienen  
una casa modelo  
de la arquitectura  
de nuestros  
días, donde  
pasan su verano.

## PINTORES EN CUENCA

Avia. No vengo como estudioso de la pintura ni como crítico (ahora, en realidad, estoy en funciones de reportero), sino siguiendo una costumbre. Allí voy, al taller de esos dos, Juana y Pablo, a beberme un vaso de vino y a hablar. Me gusta ver cómo Pablo va tendiendo su yeso sobre uno de esos formidables monstruos que hace ahora, mientras Juana vive absorta en su lienzo. La amistad, a lo mejor, consiste en que uno esté con los amigos como si no estuviese, como una cosa cotidiana a la que se siente próxima. Los dejó silenciosamente.

En Hoyo del Manzanares, a dos pasos de Madrid, tiene Lucio Muñoz una casa de campo. Se la hizo su amigo, el arquitecto Fernando Higuera y quedará, casi en solitario, como una antología de las casas de nuestros años. Yo quería ver esa casa formidable en manos de un matrimonio tan poco espectacular como el de Amalia Avia y Lucio Muñoz. Ya está. La arquitectura ha sido perfectamente corregida por los niños, por el uso, por la cotidianidad y por el vino tinto. Fernando Higuera metió a su casa en el paisaje y combinó al paisaje con su arquitectura. Lucio Muñoz —y su mujer— y sus niños— ha identificado a la casa con la vida. Pero vámonos a Cuenca.

Antonio Saura fue, según todas mis noticias, el descubridor de la Cuenca pictórica de nuestros días. El fue, pues, el fundador. Sí, porque Gustavo Torner es de Cuenca; ya vivía allí y, por tanto, no la descubrió sino que se la encontró. Luego creo que fue Lorenzo Góñi. ¡Qué bien le va Góñi a Cuenca y Cuenca a Góñi! Amigo de los habitantes de los tejados, rastreador de gatos noctámbulos, confidente de las brujas, Góñi debe sentir el pulso de Cuenca en su propio pulso. Luego, masivamente, vinieron todos los demás: Fernando Zobel, Antonio Lorenzo, Gerardo Rueda, Manolo Millares, Eusebio Sempere... Hasta creo que ha llegado también José Guerrero. Es la última adquisición de Cuenca para su colección de pintores, y llega desde Nueva York, con su esposa americana. Todos tienen casas en Cuenca. Quiero decir que todos son propietarios de sus casas en Cuenca. En los últimos años, la ciudad vieja, la ciudad medieval —la ciudad de arquitectura ilógica, o simplemente lógica para las necesidades de la Edad Media— ha ido siendo abandonada progresivamente por sus habitantes, que se van trasladando a la ciudad llana y nueva de abajo, y a los que no se les puede pedir cuentas en nombre de la lógica del paisaje, porque ellos nos responderían con la lógica de su vida actual. La ciudad vieja va dibujándose cada día más, como una especie de recinto de pintores —el promontorio de los pintores— y de algunos escritores. En ese olimpo silencioso vive la pintura; abajo, circula la vida.

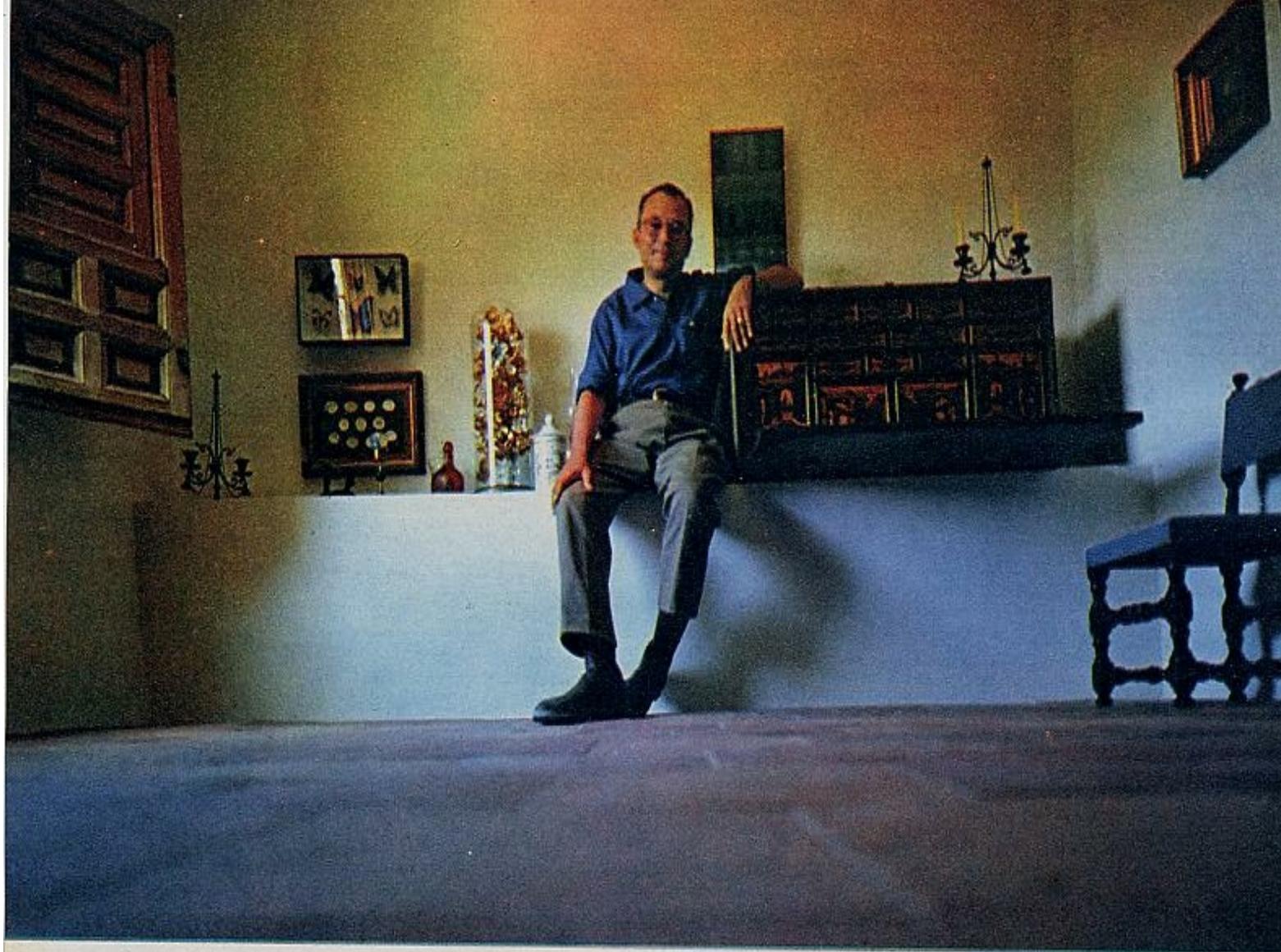
¿Pero qué es lo que mantiene a cada uno de ellos en Cuenca? El paisaje es algo demasiado genérico y ambiguo. Cada uno tiene que sentir un incentivo suplementario; además, el sentimiento del paisaje es distinto en cada uno. Repito: ¿qué es lo que buscan en Cuenca, uno a uno, diferenciadamente, Antonio Saura, Lorenzo Góñi, Fernando Zobel, Manolo Millares, Gerardo Rueda, Antonio Lorenzo, Eusebio Sempere, etc.?

Saura, yo creo, busca la cercanía de la aspereza y —¿por qué no decirlo?— de la barbarie. También busca la intimidad, preservada por gruesos muros de cal y piedra. En Cuenca, la arquitectura tiene algo de geología y la geología mucho de arquitectura. Esa cercanía primordial, además de la de todas las cosas elementales, dinamiza y vivifica el mundo de Saura. Ese cosmopolita de apariencias —ese personaje que pasa con una mezcla de escepticismo y cazurrería por Nueva York y por Berlín— es, sin confesarlo, un ibero radical. Sin la cercanía de la España bárbara me parece que la pintura de Saura sería algo desmedulado y amorfo. Yo, cuando voy a Cuenca, me gusta irme con él y con su amigo Pepe Cerrada, que es un médico en quien la cordialidad desbordada y la candorosa generosidad se convierten en una hermosa locura despotricante, con vino tinto, chorizo y salmorejo.

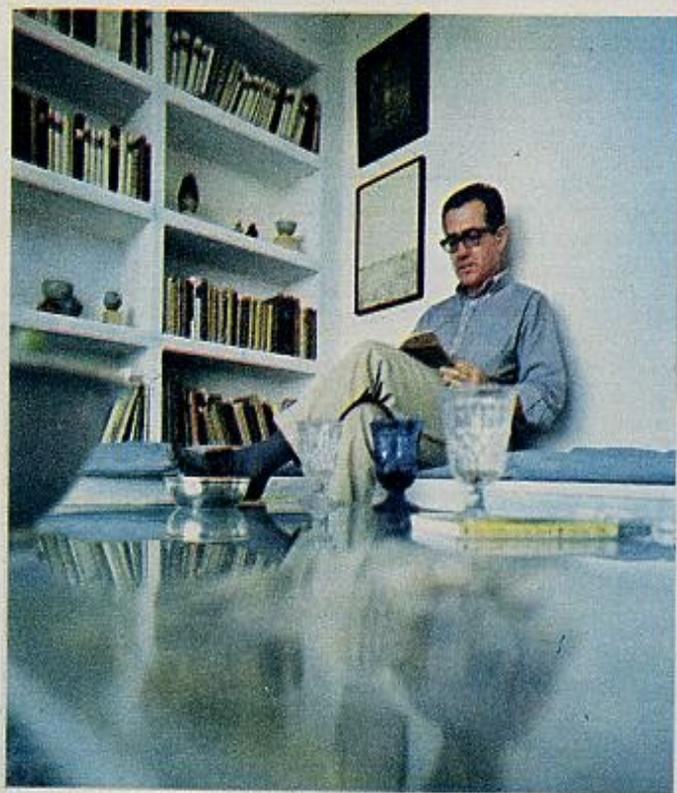
Lorenzo Góñi (qué pena que en este viaje no hayamos podido verlo para haberlo retratado en su rincón), Lorenzo Góñi busca la covachuela brujil de las ciudades que se vienen abajo con los siglos y con las murmuraciones; busca los rastros de la celestina y el sacristán, el aguardiente misterioso de los amaneceres españoles, los maullidos de **SIGUE** entero y el contraste de la moza y la tiznosa.



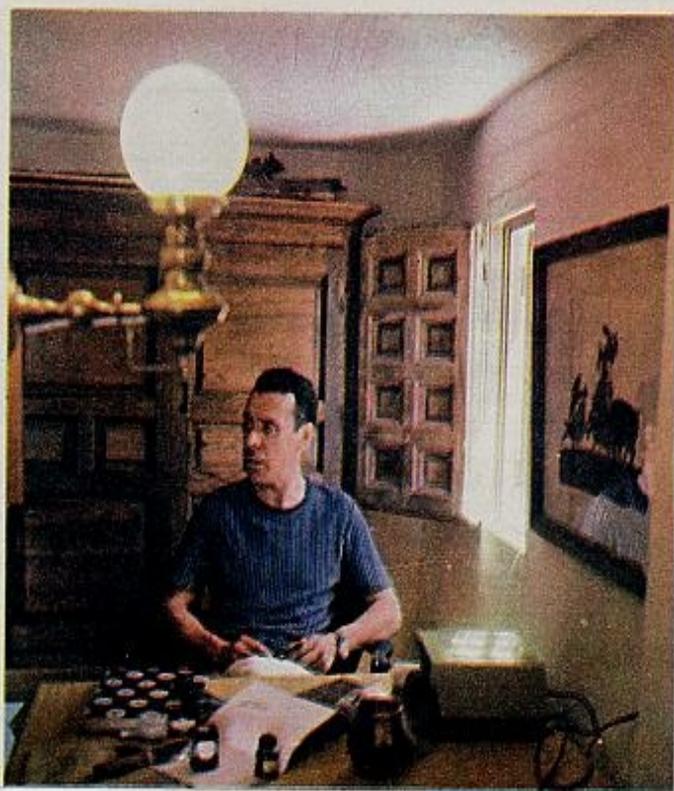
Otro matrimonio, Pablo Serrano y Juana Francés, en su taller, junto a uno de los hombres-bóveda del primero. Desde aquí vamos a partir para nuestra expedición a Cuenca, proa estival de la pintura.



Fernando Zabel, el promotor del museo de Arte Moderno de Cuenca, lo es a pesar de su condición de pintor —o precisamente a causa de ello— y de coleccionista.



Como si se tratara con toda deliberación de establecer un contraste entre lo que pinta y lo que colecciona, Gerardo Rueda se rodea de objetos de otro tiempo.



Antonio Lorenzo trabaja los veranos en Cuenca y vive, con su mujer y con su hija, en una casa pequeña e íntima por cuya ventana penetra el paisaje.

## PINTORES EN CUENCA

Manolo Millares busca la presencia cercana de la historia humilde y sin historia, la ligazón íntima que hay entre los hombres y las arqueologías; las arqueologías: transitar por Valeria —o por Segóbriga— es situar los pasos sobre los pasos de otros hombres, nuestros semejantes, de hace mil quinientos, dos mil años... Manolo Millares va a Cuenca a rastrear recuerdos: En Belmonte nació Fray Luis, por Alarcón pasaba el infante don Juan Manuel, en Garcimuñoz murió peleando Jorge Manrique... Íntima y pequeña, su casa es allí apenas una caja de resonancias para vivir esos recuerdos, con Elvireta, su mujer, con Eva, su hija...

Fernando Zobel busca en Cuenca el lugar para instalar el museo de la pintura de vanguardia de España. Tiene razón: al arcaísmo hay que acen-tuarlo con la vanguardia. ¡Quién lo diría! En Cuenca, no en Madrid, va a estar instalado el museo más lógico, más inteligente, de la vanguardia española, gracias a la dedicación y al entusiasmo de Fernando Zobel. ¿Sólo eso busca Zobel en Cuenca? No, sino también la conversación cordial con los amigos frente al paisaje, la lectura reposada, el sol de España recordando nítidamente los objetos, la paz...

Gustavo Torner, cuencano de derecho divino, no busca nada en Cuenca: se encontró con Cuenca al nacer. Es decir, sí: busca entuertos edilicios que corregir, pecados de urbanismo que subsanar y, además, temas pictóricos para trabajar. Gustavo Torner tiene un estudio colgado sobre la hoz del Júcar, con un ventanal que le mete el paisaje dentro de su casa, con música, con todo lo que en la vida de un pintor es importante. Desde allí, mirando el lecho fósil del río, contemplando uno de los paisajes más viejos del mundo, Gustavo Torner hojea revistas que le llegan desde la última hora del mundo. Es extraña esa catacumba de la civilización que es el estudio de Gustavo Torner, metida dentro de la gran catacumba del arcaísmo que es Cuenca.

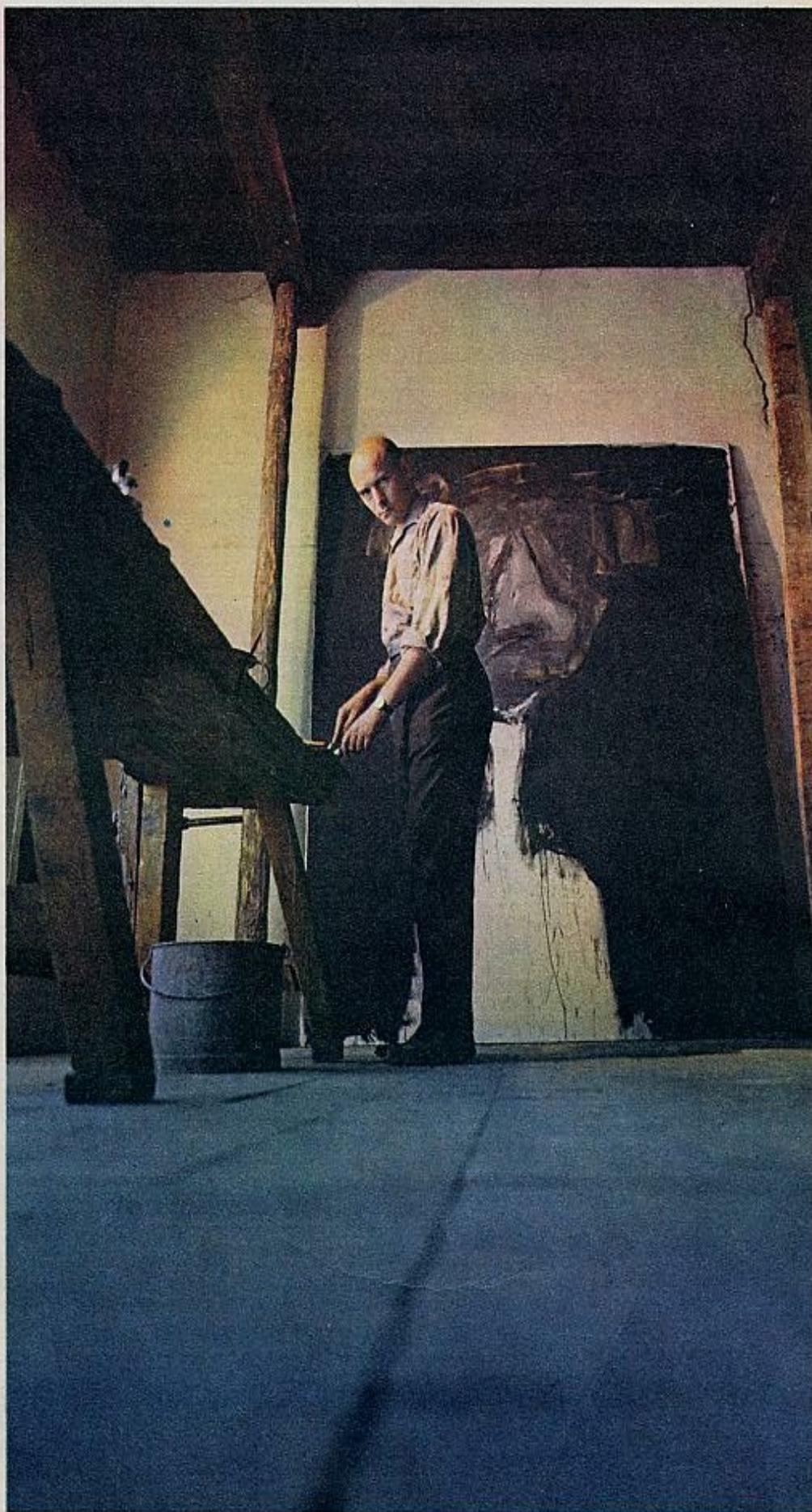
Gerardo Rueda se va a Cuenca para estar solo, en estrecha intimidad con sus objetos. Junto a él, en Cuenca, recuerdo ese poema de Juan Ramón sobre las cosas, sobre la cercanía de las cosas, sobre nuestra amistad con las cosas, sobre la ventura de estar con ellas y junto a ellas. La casa de Gerardo Rueda en Cuenca no es sólo una casa para vivirla sino para convivirla con las cosas íntimas. Pero, desde su ventana, se ve la lejanía pétreo y cuaternaria del paisaje.

Antonio Lorenzo está en Cuenca con la familia. Trabaja y vive. Pinta. Pesca, creo, o intenta pescar, lo mismo da. Se baña. ¿Qué va a buscar a Cuenca? Debe ser la paz, sí. Debe ser también una cierta grafía fósil para sus cuadros o la llamarada de las hogueras, cuando los labriegos queman los rastrojos, que él luego le pone a sus cuadros tenebristas españoles. Antonio Lorenzo, cuando va con su hija hacia el río, se debe parecer a aquel «hidalgo de la ciudad de Cuenca» que le escribió el poema a la muerte, porque tiene un aire de personaje del Greco, sin barbas y en Cuenca.

Yo creo que Eusebio Sempere se debe escapar a Cuenca para escaparse de su geometría interior. Ya sabéis: él es un geómetra, pero no de los de Minkowsky sino de los que, pitagóricamente, le extrae simbologías a los números. En el fondo, yo creo que Eusebio Sempere se debe ir a Cuenca para dialogar con Zurbarán. Como el tiralíneas se le quedó en Madrid, allí tiene que dialogar con la cal blanca de su cocina, de la que cuelgan, concretos, pesando en razón directa de sus masas e inversa a los cuadrados de sus distancias, los chorizos. Dicen que Eusebio en la intimidad cocina bien. Eso es muy importante para ser un buen pintor.

Y, en fin, ¿para qué se fue a Cuenca José Guerrero? Me figuro que para escapar temporalmente de Nueva York. Me hace gracia eso de tener un pie en Cuenca y otro en Nueva York. A lo mejor resulta que, allá en su piso treinta y tantos, de la avenida cuarenta y tantos, José Guerrero piensa qué ésa es la mejor manera de tener un pie en tierra y otro en el cielo.

En el Siglo de Oro, la literatura española, los poetas españoles, desarrollaron un mito muy sugestivo: el del amensprecio de corte y alabanza de aldeano o, para decirlo con otras palabras, el de la «descansada vida que huye del mundanal ruido». Yo noto, lo notamos todos, que sin **SIGUE**



Antonio Saura es el fundador de Cuenca como ciudad para los pintores. Su casa es amplia y posee un mirador sobre la hoz del Júcar. Allí vive en la temporada estival con su mujer, Madeleine, y sus tres hijas.

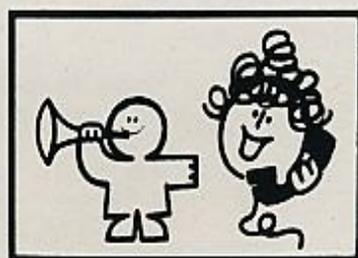
# el piso que Vd. busca...



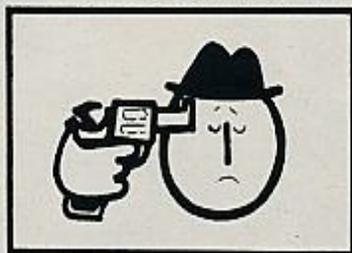
Usted compra un piso y aspira a vivirlo en paz. Y una vez que es suyo y que usted está dentro...



...la radio del vecino o el ruido de la calle (que a veces viene del cielo). O es Papito...



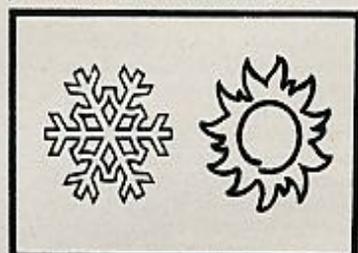
...el músico precoz que vive enfrente, que acompaña un "solo" de teléfono de la esposa...



¡No! Esa no es la solución. Eso haría un ruido más y no resolvería **definitivamente** los problemas del **aislamiento**.



Su piso es **completamente suyo** cuando está protegido por un material **completamente aislante** de ruidos próximos o lejanos.



Y con **Vitrofib-TEL** no penetra el calor en verano y en invierno evita la pérdida de esas calorías tan necesarias.

El piso que Vd. busca, que esté aislado con **VITROFIB-TEL**

- CALOR
- FRIO
- SONIDO

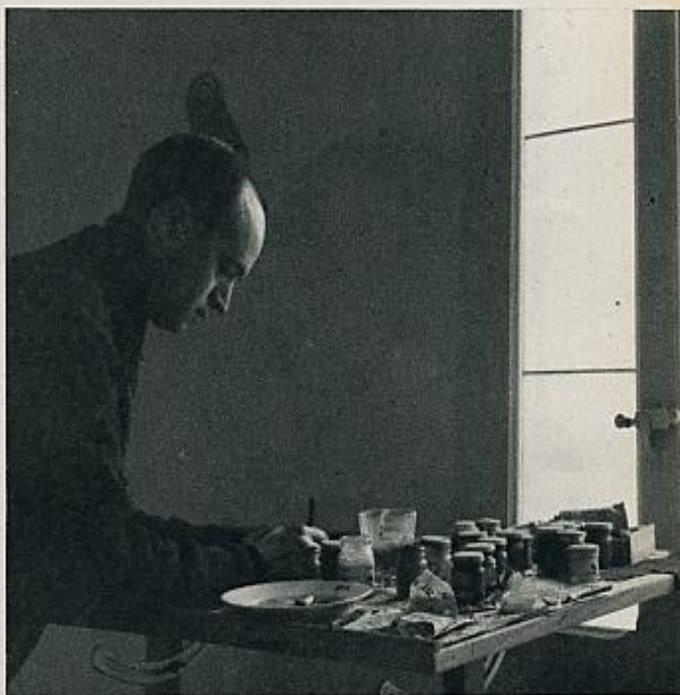
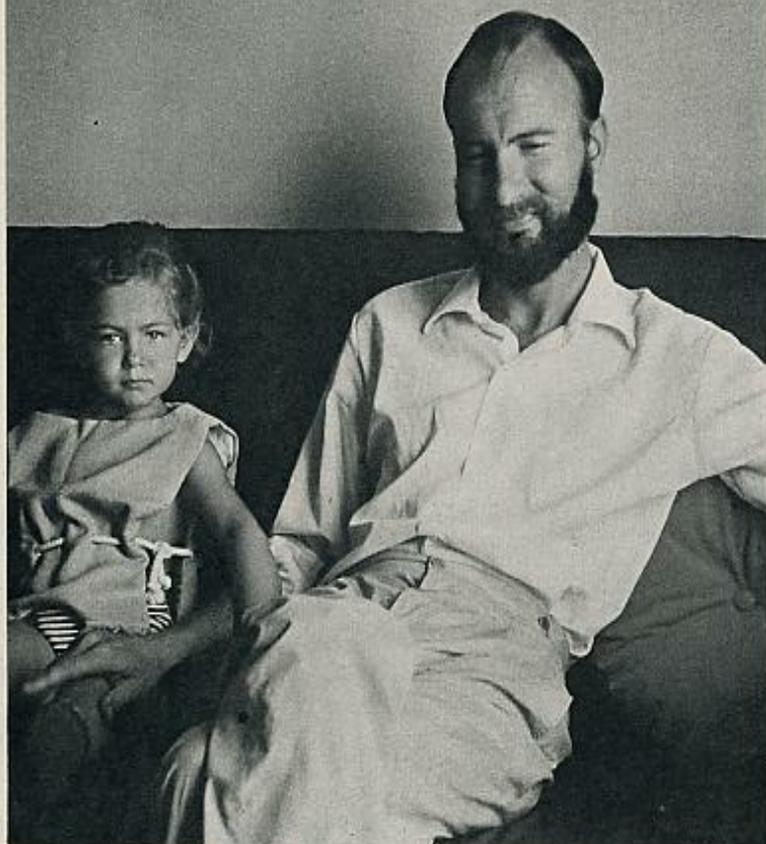
**AISLAMIENTOS**

**Vitrofib  
TEL**

ES UN PRODUCTO DE  
FIBRAS MINERALES, S. A.  
Diego de León 43 MADRID (6)

instaladores-distribuidores en todas las provincias

## PINTORES EN CUENCA



En la fotografía de la izquierda, Manolo Millares, junto con su hija Eva, en su casa de Cuenca, estudio de pintor y centro de expediciones de estudios arqueológicos por la provincia. Sobre estas líneas, el pintor Eusebio Sempere, poeta de una grafía geométrica muy rigurosa y a la cual ahora se le suele llamar «Pop-Art».

que se usen tan bellas palabras para calificarlo, nuestros hombres, y especialmente nuestros artistas, tienen necesidad de escapar con alguna frecuencia hacia la paz de la concentración intelectual. No hay que buscarle analogías con aquello. Aquello era un encuentro con la Naturaleza en el tiempo del humanismo. Esto es, tal vez, una huida de la deshumanización. Por otra parte, quienes así «huyen» no menosprecian a la corte: son gentes que viven en el mundo, en la relación y en la competencia. Vivir es para ellos dialogar.

Pero un estilo nuevo de vida, algo que es efectivamente nuevo en la vida española se manifiesta con la necesidad del retiro de los artistas. Ese museo que Fernando Zobel está haciendo en Cuenca hace pensar. Porque, evidentemente, la ciudad y la situación no están elegidas al azar. Hay una evidente búsqueda de arcaísmo. ¿Por qué? ¿Por qué las expresiones de vanguardia necesitan del contraste? Esa sería una explicación muy banal. Seguramente, porque la vanguardia y la tradición se encuentran y quieren «llear lazos sanguíneos». No hace mucho tiempo, yo escribía de cómo el pintor actual ya había dejado de ser el iconoclasta furibundo a que nos tenía acostumbrados la literatura de las primeras vanguardias. Es que, hoy, el pintor sabe que su arte pertenece también a la historia, porque la historia es también lo que hacemos todos los días.

J. M. M. G.

(Fotos Sánchez Martínez)



Gustavo Torner, habitante de Cuenca por derecho propio, posee un estudio recoleto colgado casi sobre el barranco del río. Aquí lo vemos manejando el tórculo en la tirada de una de sus series de grabado.

Próximamente:

VISITAS AL ARTE ESPAÑOL ③

TAPIES